

rientes artísticas internacionales. Sin embargo, el mural de Rivera posee una suerte de áspera vitalidad, mientras que el cuadro de Szyszlo sugiere únicamente que el artista ha observado las lecciones de Mark Rothko.

La edición de Penguin venía introducida por Henry Gifford quien, con excepcional nervio y gracia estilística, repasa este vasto territorio en menos de diez páginas (un molde ciertamente ajustado) y logra dar una idea de su historia, tanto española como portuguesa, identificando algunos de sus ejemplos cimeros. Entre ellos se incluían el nicaragüense Rubén Darío, cuyo estilo modernista nació en desafío al mortal formalismo español del diecinueve; José Hernández, que celebra la vida del gaucho en *Martín Fierro*, «obra pintoresca o exótica más que inevitablemente argentina»; el chileno Pablo Neruda, con su uso constante del oxímoron y sus panorámicas whitmanianas; y el peruano César Vallejo, cuya escritura explota un filón híbrido, a medias español e indio.

La introducción de Tapscott, con más del doble de páginas, es a veces opaca: sus palabras favoritas son *oneiric* (onírico) y *thematics* (temáticas, por «temas»). Una suerte de nerviosa cortesía hacia el lector engendra un gusto por la palabrería, como cuando se permite dudar sobre su particular acercamiento histórico y estilístico al tema, y luego sopesa la cuestión en voz alta. Con el fin de poner un poco de orden, el ensayo se desha-

ce en una lista de «características» precedidas por una mancha ominosa que busca llamar la atención del a estas alturas desconcertado lector. Las imágenes son mortecinas e incluyen referencias a «ventanas emocionales» y «ojos políticos». Octavio Paz, «un punto de consolidación que permite mirar hacia adelante y hacia atrás», no es una «meta» sino un «mojón en el camino». Con ingenua franqueza, Tapscott agradece a uno de sus colaboradores «sus consejos... sobre mi prosa». Otro, comenta, «me recordó en ciertos momentos clave que me había embarcado en esta empresa por puro placer». Algo de este placer se disipa en el instante en que Tapscott trata a toda costa de situar a los poetas en relación con los innumerables *ismos* de la escena literaria latinoamericana (lo que nos proporciona, incluso, un breve acceso al estridentismo). Caracciolo, en este apartado, es superior, pues confina la historia de los ismos a un apéndice al final del volumen.

¿Pero qué hay de la selección de los poemas y la calidad de las traducciones? La antología incluye, en total, 85 poetas y más de 400 poemas. Esto ya es una mejora, sin duda, a pesar de la calidad variable de las versiones inglesas. Tapscott está versado en las traducciones ya publicadas y se inclina por escoger un amplio abanico de trabajo realizado por poetas y no solamente por versificadores elegidos para la ocasión (de estos también hay algunos). Entre las



